

FRENTE

Mensuario de cultura **Marxista**

Consejo de Redacción
Guillermo Lagos Carmona—Fernando Godoy González—
P. Lillo Salzmann

40 centavos

Casilla 228

AÑO 1 SAN FELIPE DE CHILE, JULIO DE 1932 Núm. 1

ESCRIBEN: Carlos Marx—Anatolio Lunatcharsky—Henri Barbusse—Robert Desnos—E. Orrego Vicuña—Julio Cabello—Guillermo Lagos Carmona—M. Llinás Viisnova—Oscar Barrera—J. Fattore Varala—Julio Nerval—Philippe Lamour—Grabados de Germán Baltra

La Paciencia

Vivían en mi casa, dijo Ardouin, una casa pobre, pues entonces yo no era más que un estudiante sin recursos, y aún no había emprendido esta brillante carrera que la suerte me ha proporcionado, a falta de talento. Estrechamente albergados en el piso de las criadas, en un cuarto abuhardillado y, a pesar de la edad que tenían y del tiempo inmemorial que llevaban casados, no cesaban de disputar.

No, literalmente no cesaban. En toda la casa se oían sus gritos. Por la mañana y por la noche, se veían a aquellos dos seres arrugados, con los trajes raídos, las cabezas peladas y los ojos furibundos, bajar por la escalera como si fueran persiguiéndose y siempre precedidos por sus destempladas voces.

¿El motivo de este continuo disenso? Habría que ser sordo para ignorarlo, no tan solo en la vivienda, sino en todo el barrio. La mujer reprochaba al esposo la pobreza en que la había suido por su ineptitud, su pereza, su vagancia y, sin duda, sus vicios ocultos.

Yo tenía alguna amistad con ellos, y me recibían en su casucha triste y borrascosa que solo iluminaba de tarde en tarde; la sonrisa de una linda sobrina de diez años llamada Teresina.

Cuando Teresina estaba ausente, cuando en las dos piezas no había más que dos desvencijados muebles, los pisos húmedos, las ventanas grises por las que soplaban un viento glacial, y aquellos dos pobres espectros siempre regañando, la verdad no resultaba nada alegre. Pero yo estaba entonces en la edad en que se tiene el corazón muy sensible, y era tan triste, tan sumamente lastimoso el ver aquel antiguo matrimonio detestarse hasta tal extremo, que yo los trataba con timidez.

Ella sobretodo era la más encarnizada. El que no haya oído a aquella fiera, llorando de rabia, tratar a su marido de «cobarde» y de «inútil» no ha oído nada. El se defendía jadeante. Tartamudeaba frases incoherentes como si tuviera mucho que decir y terminaba por dejar escapar de su crispada boca una especie de gruñido inofensivo. Era una naturaleza débil.

El me contó su lastimosa historia, un día en que ella había salido. Parece que estoy viendo al miserable septuagenario encorvado en su silla, envuelto en su bata remendada, de donde emergía su delgado cuello semejante al puño de un paraguas. Y sacudiendo su pequeño rostro surcado de arrugas, me mostró como aquella mujer la había amargado su existencia completamente.

Ella estaba de sirvienta en casa de un tío de él. Un rico comerciante que lo había

criado y que no tenía mas parientes que él. Recién salido del colegio, dirigió a la maritornes, apasionadas cartas conteniendo sus declaraciones amorosas; ella se aprovechó de aquel momento de locura para exigir después la celebración del matrimonio, mostrándose tan ferocemente implacable que aún que el tío le ofreció una renta si desistía de su empeño, todo fué en vano. Ella no quiso oír nada—pues no decía más que amaba al muchacho (se sabía muy bien, aunque sin tener pruebas absolutas, que la criada había tenido antes, otras aventuras amorosas, que las tenía entonces y que las tuvo después); pero lo que ella quería era apoderarse de toda la fortuna.

Se cedió por medio al escándalo. El tío tenía horror al ruido, y el sobrino, ya en aquella época era bastante tímido.

Pero contra todas las previsiones del marimacho, el tío desheredó al sobrino. Entonces empezó para los cónyuges una vida de privaciones y desdichas: el esposo, a pesar suyo, no había podido conseguir más que empleos irrisorios. Nada le salía bien. Estaba casi en la miseria.... Y si, fuertemente unidos, ambos arrastraban aquí abajo, su pesada cadena: él, que había nacido para no hacer nada; ella, que no se consolaba de ver devanarse sus sueños de opulencia.

El había intentado una vez de huir del lado de ella, y hasta en un rasgo de audacia, impulsado por sus amigos, trató de divorciarse.

Vanos esfuerzos. Ella le tenía férreamente agarrado. Por venganza. Vencido, volvió atado de pies y manos, a la cárcel conyu-

gal. Y así pasaron treinta y ocho años languideciendo ella junto a su burro de carga.

...En lo sucesivo, yo veía de vez en cuando a aquellos dos infelices, a fin de ver también, lo confieso a la joven Teresina. Y como consecuencia de esto, cuando Teresina tuvo diecinueve años, nos dimos cuenta de que nos amábamos.

—Píde mi mano a mi tío, murmuró Teresina, aquel día memorable en que cambiamos las confidencias más importantes y más sublimes...

...Seguían viviendo en la misma casa, en el mismo miserable albergue. La decrepitud había hecho tales estragos que parecían dos momias.

La mujer no podía ya salir; pues se hallaba imposibilitada a causa de la parálisis de sus piernas, la entrevi a través de una puerta entornada; su mirada a la vez desesperada y rencorosa brillaba en un rincón de la habitación. El, en el otro cuarto, movía la cabeza sin cesar como un muñeco, y tiritaba delante de una chimenea sin lumbré.

Yo le expuse mi sentimental demanda.

—Hágase vuestra voluntad, exclamó con voz temblorosa, ¿Pero no le asusta a Ud. ese matrimonio sin fortuna?

—No, contesté con gran firmeza. El, entonces, miró a derecha e izquierda, y viendo que estábamos solos, me guiñó el ojo y se inclinó hacia mí.

—Escuche Ud., me dijo en voz baja. Teresina será rica, porque yo le legaré mi fortuna.

Pesa a la 8a Pagina



«LA PACIENCIA» (continuación)

Yo me sonrei cortesmente, ante aquella dulce ironía, muy respetable en boca de aquel anciano.

Levantó su mano que temblaba y añadió con solemnidad, y siempre en voz queda:

—Sí, yo soy rico. Lo he sido siempre. Pero lo he ocultado, lo he ocultado por todos los medios, porque la detesto y no he querido que ella se aprovechase de mi dinero. He preferido privarme yo de él durante toda mi vida. Sí lo he preferido.

Echó atrás su cabeza cubierta de escasos cabellos blancos, movió sus apagados ojos y fijó su mirada en el techo.

Ah! ¡Cuán duro ha sido para mí que tanto me hubiera gustado no hacer nada, gastar lujo y verme considerado y adulado!...

Lanzó un suspiro y se calló. Yo me quedé trastornado, sin saber qué decir, pues, por el tono que aquel hombre había empleado comprendí que «aquello era verdad». Era verdad que, deliberadamente, había matado su felicidad, para que su indigna compañera no participase de ella; que durante toda su vida se había arrojado en la miseria y la vergüenza para hacerla caer con él; qué había vivido miserablemente para que ella también viviese así.

Era efectivamente terrible lo que había hecho durante casi medio siglo aquel ser estafalario que se hallaba tembloroso ante mí.

Qué insondable abismo es el corazón humano y qué reflexiones no habría yo hecho con respecto a aquel horroroso y ahogado drama, si no hubiera estado esperando abajo en el zaguán, Teresina y si hubiese sido posible pensar en tragedias estando al lado de ella que, para mí, era el mundo entero y junto a la cual, el sol de mediodía me parecía el triste amanecer de un día de invierno.